

La herencia de Carmen

La pandemia del coronavirus se llevó por delante a Carmen, dejando muy apenados a su marido, Antonio, y a sus dos hijas, Paula y Sofía. Cuando sucedió, el hombre decidió dar una oportunidad a los orígenes de su mujer: arreglaría la vieja casa de sus suegros, en un pueblo de la sierra burgalesa, y la dejaría como a ella le hubiera gustado.

Antonio emprendió su viaje al pueblo, dispuesto a descubrir dónde se crió su añorada esposa. Al principio, el viudo solo charlaba con los obreros que había contratado, no iba al bar y apenas a la tienda. Sin embargo, algún vecino insistía en hablar con él.

En una de estas charlas, Antonio dejó de lado sus pensamientos y escuchó a María. La vecina le contaba la situación sentimental del panadero o que la escalada de precios de la electricidad y del gas estaba provocando que muchas familias tuvieran que subsistir con lo mínimo. Ella tampoco tenía demasiado dinero, según le contó a Antonio, y sobrevivía, principalmente, de los productos que le proporcionaban sus árboles y sus animales. Sin embargo, el hombre calló y no contestó a la señora.

El 24 de diciembre las obras de la casa de Antonio ya estaban terminadas y la comida comprada para la cena con sus hijas. Cuando llegaron Paula y Sofía, María la vecina las reconoció al instante: eran la viva imagen de su madre.

Las hermanas entraron a casa y su padre les recibió con un cálido abrazo a cada una. Al sentarse a la mesa para disfrutar de la cena, Paula y Sofía se percataron de que había cuatro platos en lugar de tres. Las hijas preguntaron al padre, a lo que Antonio respondió:

- Quiero que hagáis algo por mí: invitar a María a cenar. Durante estos meses ella se ha preocupado por mí, pero yo no he actuado correctamente. Quiero disculparme.

Así, las hermanas acudieron a buscar a la vecina, que aceptó encantada la invitación. Durante la cena, María contó detalles de la vida de la madre de Paula y Sofía. Los tres, padre e hijas, escucharon perplejos las historias de la mujer, que hasta entonces no conocían. Los cuatro charlaron y rieron hasta tarde; brindaron por las nuevas amistades; desearon que los precios no subieran más y recordaron a la persona que los había unido: Carmen.

Sendi

- Adulto -

Extraños acontecimientos

Sebastián era un solitario ermitaño que vivía en la falda de una escarpada montaña no muy lejos de Villasauce, un pueblecito de Extremadura. Siempre había morado en aquellas tierras, alejado de miradas e incómodas compañías. Se autoabastecía gracias a un modesto huerto y a algún que otro animal de granja. Pocas eran las veces que visitaba la aldea, y siempre por asuntos de causa mayor.

Cierto día, uno de esos de *causa mayor*, caminó hasta la concurrida pedanía en busca de clavos para arreglar la cerca. Con sorpresa, observó como todos los vecinos se habían puesto de acuerdo para instalar chimeneas y paneles en los tejados de sus casas. La edad del anciano le confería la mayor de las indiferencias ante cualquier cambio; sin embargo, no podía pasar por alto este extraño *progreso* que parecía haber llegado para quedarse. Asombrado, mientras se dirigía hacia su destino, contemplaba con detenimiento el afanoso proceder de los vecinos sin hallarle explicación.

Tras conseguir los clavos que necesitaba, que cambió por algunas verduras y legumbres de su huerto, también, mediante el mismo método, se hizo con un formidable bocadillo de jamón que le había preparado doña Gertrudis, la charcutera. Acto seguido, con los clavos y el condumio, partió de regreso sin dejar de mirar hacia todas partes, mientras pensaba que todos se habían vuelto locos.

De regreso, tomó una ruta diferente para no encontrarse con las mismas personas. Era una manía que tenía, una de esas de ermitaños poco sociables... En ese instante, algo captó su atención: la gasolinera de siempre había hecho obras y el habitual surtidor había sido remplazado por un extraño artefacto que rezaba «Renovables». Para Sebastián, esta fue la gota que colmó el vaso.

Una vez en casa, e intrigado aún por el misterioso proceder de los aldeanos, se sentó junto a la entrada y se dispuso a hincarle el diente a su almuerzo. Entonces, tras desenvolver el bocadillo con el papel de periódico que la charcutera había empleado, leyó:

EL PAÍS / ECONOMÍA / «La escalada de los precios de la electricidad y del gas está provocando...».

REFLEXIONES DEL PASTOR

Sentado sobre la hierba, con un viejo transistor de radio a pilas en las manos escucha: “La escalada de los precios de la electricidad y del gas está provocando nuevas movilizaciones de protesta entre la ciudadanía, se están sucediendo disturbios en las calles”. Se trata de Tomás, ganadero trashumante desde siempre, natural de un pueblecito de la Sierra de la Demanda.

El sol de primavera brilla y las ovejas pastan tranquilas en la majada. Pronto llegará el verano, por lo que Tomás volverá a casa tras un largo viaje desde Extremadura. Sin embargo, el trabajo no es como solía ser antes. Ya no quedan apenas ganaderos quienes, en su misma situación, compartían historias y colaboraban para salir adelante. La trashumancia hacía posible el cuidado de los montes de forma natural y racional. En el momento en el que se optó por privar al ganado de su pasto y avanzar hacia una producción más intensiva se perdió una bonita forma de mantener el campo rico y diverso.

Ahora, lo único que le queda a Tomás es su vieja radio con la que escucha la actualidad y reflexiona para sí. Piensa que el mundo se ha vuelto loco, y va a ser muy difícil dar marcha atrás para solucionar muchos problemas. Antes se daba más importancia a lo esencial.

Tomás recuerda con nostalgia la vida en el pueblo antes de que la mayoría de sus vecinos emigraran a la gran ciudad en busca de nuevas oportunidades. Se muestra aliviado de que no haya seguido el mismo camino y prefirió aguantar de ganadero, como su familia, el oficio que siempre le ha gustado. Hoy en día, la vida en la ciudad es complicada, las oportunidades son limitadas y no se puede afirmar que exista calidad de vida. Por ello, ve importante que revitalizar los pueblos puede volver a asentar el equilibrio y que todo el mundo pueda vivir con las mismas oportunidades. Queda mucho camino, pero el objetivo es claro.

El sol comienza a ponerse y la temperatura va siendo más fresca poco a poco. Es el momento de guardar a las ovejas en el redil una noche más. Mañana será otro día.

Quercus (Adulta)